

# ¿CAMBIOS EN LA IGLESIA?

Estos días han sido fértiles en noticias de cambios dentro de la Iglesia, o cambios en la situación que la Iglesia tenía en diferentes países.

Cambio en sus actitudes, en su ordenación jurídica a alto nivel y en la situación que va a tener, y que pretende tener, en el mundo.

Quizá más que ninguna otra noticia, la del viaje de Pablo VI a Extremo Oriente ha acaparado las informaciones de la prensa, tanto extranjera como nacional, en un tono diferente al que ha existido en sus viajes anteriores.

Y este tono lo ha dado el mismo Papa con el discurso que pronunció ante los creyentes de todas las partes del mundo pocos días antes de emprender su periplo asiático. Dirigiéndose a las personas que tenía delante el día 11 de noviembre, abordó, con franqueza desusada en los medios eclesiásticos, y en un tono simpáticamente polémico (porque le hacía descender de su elevado pedestal para dialogar con la gente), el porqué de su viaje con estas palabras: «Desde que ha sido anunciada la noticia de nuestro próximo viaje al Extremo Oriente, nos hemos sentido rodeados y hasta agredidos por una pregunta que se presenta en formas diversas, pero en una sola dirección: ¿por qué este viaje?».

Y la respuesta ha sido clara a la hora de tener que explicitar su intención. No se trata —según él— ni de una cierta excursión turística, ni de una exploración informativa, ni de una concesión al gusto moderno por viajar ni moverse, ni tampoco un pretexto propagandístico o una oculta intención política. Se trataría más bien de «ser un testimonio apostólico, una exhortación misionera y un dato que revela el interés máximo del sucesor de los dos apóstoles y mártires romanos, Pedro y Pablo, por la difusión del Evangelio de Cristo en el mundo».

Dos comentarios produce este hecho y este texto. El primero, que este viaje extremo-oriental no ha sido tan claro ni tan significativo como a primera vista han podido creer los medios eclesiásticos romanos, puesto que el propio Papa ha tenido que aclarar el sentido de este signo, lo cual revela la dificultad que el mundo eclesiástico tiene para hacerse entender claramente en sus intenciones al mundo profano actual y a la cultura de nuestro tiempo.

Nuestros ambientes católicos se encuentran muchas veces tan desfasados del pensamiento y de las actitudes concretas del mundo moderno —a pesar del avance dado—, que lo que cree aquel ambiente que es un signo transparente, se convierte en un signo difícil de entender. Y así ha ocurrido con este viaje, el cual ha necesitado irse desarrollando día tras día para que la gente pudiera comprender un poco el sentido de este desplazamiento simbólico.

El segundo aspecto que se desprende de las palabras del Papa es el hincapié que ha hecho Pablo VI en sentirse sucesor no sólo de San Pedro —el jerarca romano—, sino también de San Pablo, el apóstol de los pueblos paganos, con una actitud abierta y sin consideración excesiva a las costumbres rígidas y jurídicistas del judaísmo, representadas por San Pedro.

Y, efectivamente, parece como si los hechos que en estas semanas van ocurriendo dieran razón a esta horizontalidad mayor del cristianismo católico, que parece bajar cada vez más de ese pedestal vertical en que estaba y convertirse en una actitud nueva, al menos en algunas de sus disposiciones jurídicas y posturas prácticas recientes.

El ambiente, además, está cada vez más propicio e inclinado a impedir una excesiva verticalidad jerárquica. Así no es extraño que el superior general de los Misioneros del Sagrado Corazón, uno de los superiores de órdenes e institutos religiosos más joven, haya recordado al Papa —como franqueza un poco destemplada, pero digna de encomio— que el Papa no deberá ir a Australia a exhortarnos a la lealtad a la Santa Sede; esta lealtad ha existido siempre y existe hoy. Lo que necesitamos los australianos es que se nos empuje hacia la lealtad al Dios que se manifiesta en los signos de los tiempos. Y más que fidelidad al pasado, lo que necesitamos es fidelidad al presente y al futuro en la línea del Concilio».

Estas líneas —que el Padre Arias transmitía hace unos días desde el Vaticano— son verdaderamente significativas de este ambiente que indico más arriba. Esa pirámide de rígido hielo

clerical, en la que durante tantos años hemos vivido, aporta signos de que ha empezado a deshacerse. Y nos damos cuenta también de que la lealtad hacia lo eclesiástico, es un simple medio que debe conducir a la lealtad hacia el Dios vivo, que se manifiesta en los signos positivos y constructivos de nuestro tiempo. Y si esta lealtad a la parte humana de la Iglesia, a la estructura eclesiástico-humana, no sirve para lo otro —para favorecer el impulso vital creador—, no cabe la menor duda que habrá que seguir el consejo de San Pedro: «Antes hay que obedecer a Dios que a los hombres».

Por eso no me extraña que esta mayor atención a los signos de los tiempos no solamente se manifieste, en los simples fieles creyentes, en un deseo de conversión y renovación constante hacia nuestra responsabilidad con las cosas de la tierra, sino también se empiece a expresar —con matices y lentitudes— en los dirigentes espirituales de la Iglesia.

Así nos vamos haciendo a la idea de esta novedad —llamativa novedad por supuesto— de la inclinación que muestra la Santa Sede a favorecer la admisión de la China popular entre las organizaciones internacionales, incluso la ONU. En su discurso en la sede de la FAO, ha dicho públicamente lo que se rumoreaba en los medios oficiosos del Vaticano hacía pocas semanas, y por eso señaló en sus palabras este deseo a los delegados de los 119 miembros de la FAO: «Esperamos que pronto el círculo de la familia se ampliará, y que los pueblos que están actualmente ausentes de esta Asamblea podrán, igualmente, ocupar un lugar en ella, a fin de que todos los pueblos puedan contribuir a la misma finalidad desinteresada que tiene». Palabras que confirman las expresiones de otros portavoces vaticanos, que vinieron a decir lo mismo respecto a la ONU hace pocas semanas.

De la misma manera, en el mes pasado recibió Pablo VI, durante cerca de hora y media, a Andrei Gromyko, el Ministro soviético de Asuntos Exteriores. Entrevista que resultó más larga —como señala con sutileza la prensa italiana— que la concedida al Presidente americano Nixon.

Parece enteramente que Pablo VI haya vuelto a enlazar con la actitud de «distensión» religiosa y política llevada a cabo por su predecesor, el simpático y abierto Juan XXIII.

Cosa que viene también a confirmar la audiencia a Vjekoslav Curije, el primer embajador de Yugoslavia cerca de la Santa Sede, enviado por el gobierno de la República Socialista Federal de Yugoslavia. Acontecimiento que el Papa subrayó con estas frases dignas de reflexión, porque confirman lo dicho anteriormente: «Lo que acaba de desarrollarse en este instante reviste una significación que merece ser subrayada: un Estado como la nueva Yugoslavia envía oficialmente un embajador cerca de la Santa Sede. Por eso creemos razonable ver en ello lo que Juan XXIII hubiera llamado voluntariamente un signo de los tiempos. Un signo que debe ser meditado, puesto que comporta una enseñanza de gran significado y consecuencias».

La Iglesia entra en la realización práctica de esa independencia de la autoridad espiritual y de la autoridad temporal, en sus mutuas relaciones, sin pedir —como acostumbraba hasta ahora— situaciones de privilegio a las que tan enemigo fue Juan XXIII, como demostró en su discurso de apertura al Concilio Vaticano II. El Papa actual subrayó ante el embajador que lo que ella pide es solamente que pueda ejercer plenamente su misión religiosa y espiritual, respetando las funciones, fines y prerrogativas que son propias del Estado».

Y en esta acción «religiosa y espiritual», a plano de igualdad con los demás grupos culturales, sociales o religiosos, la Iglesia podrá servir para «el desarrollo completo del hombre, en tanto que persona libre»; así como podrá mostrar —con estos gestos— la intención de colaborar en «la defensa de la paz, el desarme, el desarrollo, la eliminación de las luchas raciales y de los nacionalismos exacerbados».

¿Serán estos cambios definitivos y darán a la estructura humana de la Iglesia un cambio de 180 grados? El tiempo ha de decirlo, puesto que los hombres de hoy atienden cada vez menos a promesas de palabra que a hechos fehacientes e indubitables demostrados con continuidad y sin veleidades de oportunidad.

MIRET MAGDALENA